

# SIMCA-EL 5 PLAZAS CON NERVO

OFRECEMOS: Tomar su coche usado. Cómodos plazos mensuales. Demostraciones sin compromiso. Visitenos con su familia incluso sábados tarde.

## EXPOSICIONES:

**MANUEL REY**

BETANZOS: Magdalena, 8. Teléfono 499.  
FERROL: Avda. Generalísimo, 209. Teléfonos 354990 y 354991.

DISTRIBUIDOR

BARREIROS CHRYSLER

# La Voz de Galicia

## DELEGACIONES:

FERROL: Canalejas, 84. - Telf. 351476  
SANTIAGO: Doctor Teijeiro, 5. - Telf. 581035  
LUGO: Buen Jesús, 2. - Telf. 211070

VIGO: José Antonio, 62. - Telf. 223311  
ORENSE: Santo Domingo, 39. - Telf. 216454  
CARBALLO: Desiderio Varela. - Telf. 65  
PONTEVEDRA: Cobián Roffignac, 2. - Telf. 851777

# RIERA Firestone

APARCAMIENTO INTERIOR LOCAL  
CUBIERTAS — REPARACIONES  
EQUILIBRADOS RECAUCHUTADOS  
Federico Tapia, 67 Teléfono: 232726

# MAS ALLA



## HUMOR

Un conocido cirujano pasea con un amigo. De pronto, tiene un sobresalto y dice entre dientes:

—Vamos a la otra acera, por favor.

Cuando han atravesado la calle, el amigo pregunta:

—¿Qué pasa? ¿Has visto a alguien que no quieras encontrar?

—Sí. Era el ingeniero Pérez.

—¿Estáis reñidos?

—No, reñidos no. Pero me guarda rencor. Hace tres meses operé a su suegra y...

—Comprendo, la señora murió en el quirófano.

—No, no. Está curada y va muy bien.

**C**UANDO surgió el accidente, cuando la muerte extendió su zarpa o el dolor o la adversidad hicieron acto de presencia allí, er un punto y en muchos puntos de la Tierra, para poner del revés algo con tanto derecho a estar en pie como es la vida, ellos, con ese desprentimiento asombroso prodigioso dijeron no. No a la calamidad y lo dijeron con la sencillez de ese impulso apenas sentido y proyectado, pasando de esa raya que suele limitar a todos los nortes con el heroísmo. Y es muy posible que el gesto, que más tarde, en letras de molde, dio la vuelta al mundo, a un país o a una provincia, ellos, lo considerasen como natural, tan natural como abrir un libro de texto o a patear una pelota, con la misma soberbia como la que se puede sentir cuando se respira, se toma un autobús o se contempla un pino. Por eso, el asombro ha de reflejarse en sus rostros durante mucho tiempo y el título de héroes les vendrá grande porque lo han sido tan natural y desinteresadamente, que no comprenden aún bien toda la importancia que al gesto, espléndidamente humano, se le da.

Le generosidad, esa dama tan cicatera y huidiza por este mundo, está en ellos rebosando, a manos y corazón abiertos; una generosidad que no conoce refugios, ni vueltas de espaldas cuando el viento sopla como no es de desear; una generosidad que obliga y dice: «Tú eres mi hermano, mi igual, y no hay más que hablar» («Tú harías lo mismo por mí»).

Niños de varios países del mundo han llegado a España como una embajada depositaria de toda la sencillez, el valor y la grandeza que dar se puede en tan pocos años: la ONU juvenil del buen corazón, los admirables niños de la «Operación Plus Ultra». Los que mañana serán hombres, con los que habrá que contar, afortunadamente. — M. A. T.

## EL MUNDO QUE NOS DAN

# ...NO IBA MAS QUE UN PASO

La muerte de Drew Pearson, uno de los columnistas más famosos del mundo, renueva la antigua polémica sobre el periodismo sensacionalista. Pearson había hecho del tema escandaloso motivo de su crónica semanal. Y que los lances de este tipo gustan en todas partes, lo demuestra el hecho de que quinientos periódicos del mundo entero publicaban su columna. La cosa merece ser subrayada porque, salvo excepciones, el periodista americano solía tratar temas nacionales. Casi todos sus dardos iban dirigidos contra los sucesivos ocupantes de la Casa Blanca o contra los políticos relacionados con ella.

El, como Elsa Maxwell —la famosa «Comadre» de la Prensa americana—, contaba con un dilatado equipo de colaboradores. Frente a las columnas ponderadas de Walter Lippman y de Joseph Alsop, especialistas en temas internacionales, Pearson cultivaba la crónica escandalosa, con ribetes de «periodismo amarillo», como hace Anderson, su seguidor, empeñado en frustrar la carrera política de Ted Kennedy después del accidente en que encontró la muerte Mary Jo Kopecchne. Drew era el clásico profesional formado en la calle, sin excesiva preocupación por la cultura. Estimaba —al igual que muchos de sus compañeros— que lo aprendido en los libros es historia más que periodismo. De ahí el empeño que ponía en imprimir viveza a sus artículos, al paso que procuraba insuflarles interés general. Pretendía, con el menor número de palabras, dar el mayor número de hechos. Todo ello, sin incurrir en debilidades de tipo erudito. Al penetrar en la intimidad de los personajes, se alegraba de la consignada por Albert Camus —periodista de una vertiente muy opuesta a la suya—, cuando señalaba que la noticia debe producirse en la calle, que no debe pasar de los portales de las casas. Con ello, el gran animador de Combat pretendía que la historia de cada veinticuatro horas tuviera palpación de vía pública, que su atención se proyectara sobre el mayor número de gente.

El sentido de lo popular presidía las crónicas de Pearson. No rehusaba criticar a Margaret Truman —le negaba las menores dotes para el piano—, lo que le valía que, el entonces Presidente, descendiera desde el Olimpo de la Casa Blanca para pasar al terreno personal; que prodigara al periodista el calificativo de «hijo de perra», el peor insulto que puede dirigirse en los Estados Unidos. Pero Drew, al igual que la Maxwell, se burlaba ante toda clase de amenazas. Con un sentido muy británico del humor, solía reírse de sí mismo, a la vez que llegaba, incluso, a calificarse de «estierco». Muchas veces tuvo que acudir a los Tribunales para responder de presuntos agravios a distintas personalidades. Muy hábil tenía que ser, empero, para haber bodegado, en innumerables ocasiones, la frontera que separa la acusación fundada de la injuria, sin llegar a franquarla nunca. Se jactaba, en este aspecto, de que jamás había tenido que

abonar un céntimo por concepto de indemnización.

Su periodismo era de escándalo. Estaba directamente emparentado con el de un patriota suyo, Oucault, antiguo redactor jefe del New York World, que, al acompañar las informaciones sensacionalistas de unos dibujos impresos con tinta amarilla, hizo que, el periodismo de este tipo tomara el nombre de tal color. Frente a los diarios sesudos —que los ingleses consideran escritos para «gentes de cejas altas»—, él utilizaba un género que atraía a la generalidad del público; indagar en las vidas y en las andanzas de los modernos protagonistas de la historia nacional, o sacar a relucir sus trapos sucios.

Pearson sabía que su puesto no estaba en periódicos como The Times, Le Monde y The New York Times. Atraía, por el contrario, a lectores de publicaciones como Daily Mirror, feliz creación de Alfred Harmsworth, que después recibiría el título de Lord Northcliffe y al que la gente llamaba «Napoleón de la Prensa». Si el humor de los ingleses se había encarnizado con su antiguo periódico, Daily Mail, del que decía que «estaba escrito para los que no sabían pensar», del Mirror afirmaba que «lo hacían para las gentes que no sabían leer». En una línea similar a la establecida por Harmsworth, Drew Pearson cultivaba un estilo lindante en las leyes contra el libelo, aun cuando con inteligencia suficiente para eludir las disposiciones que castigaban tal tipo de publicaciones.

En la polémica entre el periodismo ponderado y periodismo sensacionalista, él se había pronunciado en favor del segundo. Algo parecido hizo Truman —después de haber abandonado la Presidencia—, cuando, con sus censuras, preocupaba casi más a Eisenhower que los pasos dados por la Unión Soviética en el continente europeo. Claro que Drew Pearson, aparte de cultivar la sensación periodística, era hombre muy bien informado. Tenía confidentes en diversas esferas públicas, y, por eso, sus juicios solían ser rotundos. De él podía reprochársele la excesiva dureza en sus ataques. Pero lo que nadie ponía en duda es que aquellas acusaciones suyas carecieran de fundamento.

Su periodismo tenía, pues, un carácter más destructivo que constructivo. Es decir: siempre buscaba la nota negativa, la tacha en la conducta o el momento débil de los grandes hombres. Cultivaba en el periódico algo de lo que Lenótre hace con la grandeza de Napoleón: presentarlo en camisa de dormir, lejos de la aureola que le prestaba el «sol de Austerlitz». Y, ya se sabe, la cotización de las figuras históricas, despojadas de aparato escénico, pierde muchos enteros. Tal era, en suma, la lección seguida por este periodista, que, sin ningún respeto para los fallos de los personajes, intentaba demostrar que, en ellos, de lo sublime a lo ridículo, no había más que un paso.

E. MERINO

Entre otros temas relativos a la cultura gallega de ayer y de hoy, el profesor Jesús Alonso Montero trata de Rosalía Castro y de Curros Enríquez. (1).

El señor Alonso Montero es un escritor gallego de espíritu inconformista y, aunque uno no esté siempre enteramente de acuerdo con la totalidad de sus apreciaciones y estimaciones, lo que dice tiene interés.

Si tuviera que elegir entre Rosalía de Castro y Curros Enríquez es obvio que el señor Alonso Montero se quedaría con el segundo.

A Rosalía la admira como poetisa excelente, pero Curros le fascina como el gran poeta cívico de la Galicia eterna.

Su admiración por Rosalía está matizada por una cierta irritabilidad nacida seguramente de lo que el crítico denomina «su conclusión teológica de las cosas». Rosalía aparece asumir —siguiendo el razonamiento de Alonso Montero— que la lucha contra la injusticia no es tarea humana porque Dios parece haber dispuesto los acontecimientos. Le subleva el mal, pero acepta el «statu quo» y sólo en contadas ocasiones reacciona con violencia. Incluso cuando habla de la emigración lo hace «a nivel de queja y de lamentos». Para Curros Enríquez, por el contrario, los emigrantes huyen tanto de la pobreza como de las dependencias feudales (el foro), de las prácticas abusivas (impuestos) y del oscurantismo social y clerical.

Rosalía cree que, fuera de su amorosa Galicia, al emigrante sólo le esperaban penas. Para Curros por poco que consigán será mejor que la resignación.

El primer renacimiento literario gallego tiene su punto de partida en el año 1863 cuando Rosalía de Castro, que entonces tenía 26 años, publica su primer libro, «Cantares Gallegos».

Es un libro costumbrista tal y como acababan de ponerlo de moda el romanticismo. La gran novedad es que al poetizar sobre el campo Rosalía lo hace «desde dentro». Hay poemas que son como palabras de una aldeana que supiera escribir:

¡Ay! miña probe casíña.  
¡Ay! miña vaca bermella  
años que balan nos montes...

La simbiosis es fruto —señala Alonso Montero— de la niñez aldeana de la autora, del período en que Rosalía, abandonada por su madre, vivió en una casa laboradora de Ortoño.

Sólo cuando ya tenía 10 u 11 años Rosalía volvió al pazo de sus abuelos, pero las primeras experiencias rurales la ligaron para siempre al pueblo campesino. Rosalía —y en esto también se parece a Curros— nunca llegó a interesarse por la incipiente industria; para ella, como para Curros, sólo el campesino contaba.

El primer libro ha sido compuesto para responder a una «ofensa», la de que Galicia es «pobre», «feia» y «estúpida». Encadenada por los términos de la defensa, Rosalía olvida los aspectos negativos y sólo presenta un escenario cautivante. «Se trata —si dice Alonso Montero— de una visión mutilada, incompleta, que silencia la existencia del cacique, del foro, del obrero de la débil industria, del marinero incluso... Más

## HECHOS Y FIGURAS

### Los cubanos en Florida

En los vestíbulos de los hoteles y en los restaurantes de toda la ciudad, se oye continuamente «Buenas noches» y «Gracias». Tres estaciones de radio y ocho periódicos dan todas sus noticias en español. Durante más de un año, la canción más en boga en la ciudad ha sido «Guantanamera». Hay carteles en muchos escaparates que anuncia «Se habla inglés aquí». En el próximo otoño, un equipo atlético del centro de segunda enseñanza más antiguo de la ciudad contará con las proezas de Alayeto, Arocha, Rodríguez y Smith.

¿Smith? Si la ciudad fuera La Habana u otra ciudad hispanoamericana, el apellido resultaría raro; pero Smith y sus compañeros de equipo representan a los «Sting Rays» de la Miami High School.

Donde, antes, el ciudadano era probablemente, un refugiado del frío norte, la zona de Miami tiene hoy no menos de 225.000 exiliados de la Cuba de Fidel Castro: casi la cuarta parte de toda la población. Dos veces al día durante cinco días de la semana 160 cubanos más llegan desde Varadero al aeropuerto internacional de Miami. Llegan sin otra cosa que lo puesto y lo que pueden guardar



UNA TIENDA EN MIAMI en un maletín; todo el dinero les es recogido antes de subir al avión.

Lo que sucede, después que caen en brazos de sus parientes, es una de las más emocionantes historias de triunfo. No solo florecen notablemente los negocios de los cubanos exiliados en Miami, sino que, inexorablemente, alteran el carácter de la ciudad turística y, según el «News-

(Pasa a la PENULTIMA página)

## O ESPELLO NA MAN

# ACERCA DE ROSALIA Y DE CURROS

Por VICTORIA ARMESTO

tarde, en «Follas Novas», el corazón de Rosalía se solidifica con los oprimidos y los emigrantes.

Cuando se publica «Follas Novas» (1880), Rosalía, macerada por el dolor, ha tenido el encuentro dramático con la «negra sombra», presencia de la que ya no podrá liberarse:

«nin me abandonarás nunca,  
sombra que sempre me asombra...»

Rosalía se encuentra en disposición de expresar la tribulación colectiva de su pueblo, porque ella misma está burilada, macerada por el dolor ya desde el día de su nacimiento al pie de la inclusa. Los primeros años de su vida tuvieron que traerle muchas vejaciones y tribulaciones y su propio matrimonio con Murguía, aunque satisfactorio desde el punto de vista literario, le proporcionó la felicidad deseada? Alonso Montero parece creer que no. «Cabe sospechar —dice— que quienes tan bien debieron de comprenderse intelectualmente jamás consiguieron una comunión profunda e integral». En cualquier caso, la muerte de varios hijos, la gran estrechez económica, por no llamarle pobreza, y su propia salud deficiente eran causas más que sobradas para entristecer a cualquier mujer y de un modo especial a una de espíritu tan sensible como Rosalía.

«En las orillas del Sar», se publica en 188 cuando Rosalía está ya atacada por el cáncer que la matará un año después. «Difícilmente —dice Alonso Montero— se encontrará dentro o fuera de nuestra literatura un libro de paisajes más desolados».

La cúspide de la angustia está en el poema «O cravón».

Angustia, abatida por la injusticia social, Rosalía llega al borde del nihilismo. En este libro escrito desde la raíz misma de la desesperación, se encuentran versos escépticos, «pero Rosalía —define Alonso Montero— incluso en los momentos en que no cree, su postura hacia el mundo es fiel a un cristianismo pobre y retardario».

También la incomprensión, el dolor y la injusticia cercó la existencia de Manuel Curros Enríquez. Hijo de un escribano de carácter despótico, a los 15 años Curros huyó de su casa de Celanova y fue primero estudiante de Derecho y luego periodista y empleado municipal en Madrid, ocupaciones y empleos que no le llevarían a la opulencia. La publicación de su primer libro, «Aires da miña terra», en el 1880 le enfrenta con el obispo de Orense, don Cesáreo Rodríguez, que debía ser un prelado de espíritu postconcilio de Trento.

Iniciado el ridículo proceso a cuenta de uno de los poemas del libro (versificación libre de «Le Bon Dieu» de Beranger, escrita sesenta años antes) Curros Enríquez fue

condenado a dos años, cuatro meses y un día de cárcel, más doscientas cincuenta pesetas de multa.

Asumió la defensa posterior de Curros don Luciano Puga, que al fin le sacó absuelto en la Audiencia de La Coruña.

Pero el daño estaba hecho y en cierto modo era irreparable. La intolerancia forzó al anticlericalismo de Curros, que era en lo fundamental un hombre religioso, según prueban sus versos a la Virxen de Cristal y este corto y hermoso poema:

¡Ai! ¿Será a morte nada máis que un sono?  
¿Tras do outono da vida qué hai pra nos?  
Colombo topa un mundo nunoutono,  
[Dios ¡Quén tan dichoso que atopase a \* \* \*

En uno de los poemas gallegos más hermosos que se han escrito —marca Alonso Montero—, Curros con su música bronca, con su látigo, con su denuncia... canta la libertad, el progreso, la ciencia, las conquistas del pensamiento, se rebela frente a los restos del feudalismo...

El mismo Curros cree que por haber cantado todo esto es por lo que tuvo que emigrar:

Cantara a liberdade,  
o traballo, o deber... non me entenderon!  
e a pedradas botáronme do adro  
e dende entón da patria ando exilado  
[tranxeiro \* \* \*

Por lo que se refiere al socialismo, la respuesta de Curros Enríquez fue negativa. Curros escribió varios artículos con indicaciones hostiles a Marx y al anarquismo, que le horrorizaba. En realidad su preocupación le desligaba del mundo obrero para enraizarle al feudalizado y explotado campesino gallego del que era portavoz.

No obstante, y ya en el año 1905, no parece disgustarle el socialismo cristiano estilo León XIII, «muestra clara —señala Alonso Montero— de la poca radicalización de su pensamiento».

Ello no impidió que un diario de Lugo le enjuiciara en el artículo necrológico de esta curiosa manera: «Curros Enríquez era un impio descarado y como tal no resulta poeta allí donde le juzgan más poeta los sectarios altos y bajos, francos e hipócritas, que siempre dicen que ha hecho obras de redención con esas poesías cuando lo que hizo fue anarquismo». (El Norte de Galicia, 9 marzo de 1908).

Curros Enríquez, que salió para el exilio a los 43 años y que vivió catorce en La Habana, murió en Cuba en 1908. Sus restos fueron traídos a La Coruña y fue el suyo uno de los grandes enterramientos cívicos que se recuerdan.

Entierros como el de Curros, en cuyo duelo participara el pueblo de La Coruña en masa, sin distinción de clases e incluso de ideologías, no ha habido que yo sepa más que cuatro en el curso de los últimos dos siglos: el del liberal coronel Acevedo, el de Curros Enríquez, el de mi abuelo don Juan Fernández Latorre y, recientemente, el del Alcalde Alfonso Molina.

Poco antes de su última partida para América, Curros Enríquez había sido coronado como poeta en La Coruña.

(1) Jesús Alonso Montero, «Realismo y conciencia crítica en la literatura gallega», Madrid, 1968.

## de SOL a SOL

LO QUE VALE UN HOMBRE

**P**ARA el traslado de un jugador de fútbol —Marcial— de un club a otro, ambos de la misma residencia, ha sido precisa la intervención vigilante, preventiva, de la fuerza pública. No se trata de intervenir, naturalmente, en los pormenores de la operación, sino de mantener el orden amenazado al calor de la desesperación de un sector de aficionados «incondicionales y furibundos» seguidores de uno de los clubs en contacto; o sea de los que de ninguna manera querían que el idolo se les fuese, y, además, para el «eterno» rival.

Fue también necesario, o así lo creyeron las personalidades futbolísticas que habían de rubricar el compromiso de transferencia, ultimar el acontecimiento en lugar secreto.

Se supone que la «gravedad» del hecho no habrá requerido realizarlo en territorio extranjero. Su posibilidad ha sido propicia por acontecimientos especiales que al club cedente del jugador le han hecho ineludible, al parecer, la percepción de unos cuantos, bastantes, millones de pesetas, que por cierto superan la propia cifra que anteriormente había desembolsado para asegurarse los servicios del «as». Esta es o puede ser una de las versiones. Otra también puede ser la de que ante la locura colectiva en la carrera de «precios» por un futbolista, el propietario se halló ante un tesoro de sencillísima posesión puesto que sólo requería firmar una transferencia. Y todo, millones aparte, porque Marcial dijo sencillamente, no obstante hallarse en compromiso formal, oficialmente registrado, con su club cedente, que no quería jugar en categoría inferior —a cuya condición por parte de su equipo había contribuido con algunas actuaciones o, lo que es peor dado su precio, sin actuar...

Aunque no sea sección futbolística, el motivo que recogemos encuadra en cualquier análisis que tienda a dar con el porqué de estas cifras por un futbolista; y tal vez se iría a parar a la evidencia, irrefutable, de que los de clase, escasean. Por eso salen caros.

Pero, con todo, ¿tan caros?

Y especialmente, ¿puede llegar a producirse esta psicosis de hundimiento colectivo porque un hombre se vaya de un club a otro club?

El caso es que no puede negarse que si se hubiera hecho pública la hora de la firma, a lo peor había llo.

Pues, sí...

ARISTARCO